

VAMOS a hablar de un hombre que puso, a fines del siglo pasado, en las calles de la ciudad de Montevideo, el soplo de la dignidad de su conducta y el sello de su enérgica voluntad.

Vamos a hablar del gallego Ventura Carballeira.

¿Qué trozo de cielo galaico volcó su luz por vez primera en los ojos de Ventura Carballeira? ¿Cuáles fueron las faenas que en la tierra natal mejoraron de sudor su frente juvenil? ¿Por qué vino, ya mozo, a Montevideo? ¿Y cuál fué, en definitiva, el destino de su larga vida en esta ciudad, donde hace años que reposa bajo la sombra de los cipreses?

Abordemos estos capítulos de la vida de Ventura Carballeira.

Pero me pregunto: ¿Es acaso imprescindible, para sentir la realidad de este auténtico gallego, que nos esforcemos en el sentido de fijar exactamente el lugar de su nacimiento?

Presumo que no, porque tanto resulta fiel depositario de las virtudes de la raza aquel que nació entre los pinares de la orla marítima pontevedresa como aquel que, desde niño, aprendió, tierra adentro, a tejer coronas con la flor del castaño; tanto aquel que conoció la fuerza y el estruendo del mar en las altas rocas de Finisterre como aquel cuyo sueño fué cunado en las praderas del interior de Galicia por el soplo orquestado del viento entre los viejos nogales; tanto aquel que arriesgó su vida en la pesca de altura como el que en las romerías, bajo la sombra de los árboles que rodeaban la ermita del santo que se festejaba, daba al paladar el regalo sabroso de las empanadas de lamprea, el pulpo y el vino de Ribero, mientras mozos y mozas, en el césped, bailaban sueltos al son de la muñeira.

Tanto da aquel en cuya retina se repitió y se fijó para siempre, sobre las piedras húmedas de Santiago, la fachada del Obradoiro de la Catedral compostelana como el que vino también a Montevideo trayendo en su alma la visión del viejo molino levantado en el agro, junto al río, cuyas aguas hacían girar las curvas paletas de la rueda.

Del Norte nebuloso o del Sur claro y reverdeciente; de las praderas o de las montañas; del Miño, del Ulla o del Cambre; de la ciudad, de la aldea o del campo; de La Coruña o de Lugo; de Orense o de Pontevedra—sea cual fuere la comarca—, tanto da el lugar de nacimiento de Ventura Carballeira, porque Ventura Carballeira, sin jactancia, sin arrebatos, con humildad de corazón, perteneció a la caravana de peregrinos gallegos que, aqueado los mares, en tierras de América, descubiertas y civilizadas por España, nuestra madre, no echó nunca en olvido a Galicia. Antes bien, mantuvo sin menoscabo en su espíritu el espíritu de Galicia, la manera de ser de Galicia, sus virtudes esenciales, aquellas que están inscritas en sus antiguos lábaros y las que refulgen en los cuarteles de su escudo: valor, honradez, tenacidad y ansias incontenibles de nuevos horizontes, donde probar las fuerzas morales; ansias de diseminarse por los ámbitos del mundo hispánico al impulso de dos corrientes sentimentales, contradictorias, si queréis; porque mientras una de ellas está alimentada por la encendida aspiración de surcar los mares en un sueño imperioso de «más allá», siempre «más allá», la otra, adormecida en el subconsciente en el instante de partir, despiértase luego en las tierras lejanas, porque está nutrida de esa sustancia imponderable que manteniéndose y perdura en la nostalgia, la saudade, la morriña: dolor callado, que arranca de la certidumbre de haberse perdido, acaso para siempre, lo que un día se dejó

No es necesario mencionar el año en que el mozo Ventura Carballeira salió de España rumbo a América, sobre la cubierta de proa de un barco matriculado en Liverpool. Tampoco me seduce mencionar el puerto del cual partió. Prefiero dejar la elección al arbitrio de los lectores. Mejor: aspiró a que la imaginación de los lectores corra por las tierras ribereñas y mariñanas gallegas y busque allí el puerto de sus preferencias, sea éste Vigo o La Coruña, Villagarcía o Marín.

Pero subió a un barco inglés y arribó a Montevideo con su pequeña maleta, con su escaso dinero y con el rico vigor de su espíritu primitivo.

Solo, pues, y aislado, sin verter inútilmente, en el nuevo y desconocido mundo una gota siquiera de su esencia gallega, de su significación humana y de su significación histórica, no importándole lo que él fuera para los otros, sino lo que él era para sí mismo;

VENTURA CARBALLEIRA

(CUENTO)

POR MIGUEL VÍCTOR MARTÍNEZ



sabiendo o, mejor dicho, intuyendo que las primeras etapas de su vida de inmigrante las habría de vivir él solo; intuyendo también que nadie acudiría, en realidad, a socorrerlo, irguió cuanto pudo la cabeza para conservar la dignidad y apeló a todas sus fuerzas espirituales para adquirir absoluta confianza en sí mismo y para afrontar, en las alternativas de la lucha, los sacrificios que ésta le exigiera.

Comprendió, pues, que no podía tener piedad para sí mismo. Y comprendió al mismo tiempo que nunca debería pedirla a los demás.

En conclusión: pretendía descansar sobre base propia.

Estoy persuadido de que no pensaréis, ni por asomo, que Ventura Carballeira obedeciera en esto a íntimas sublevaciones del amor propio, a movimientos desordenados de la soberbia, a impulsos ciegos del orgullo, a representaciones pomposas y huecas de la vanidad. No, por cierto. Ventura Carballeira obedecía a otra cosa más profunda: al justo balance estimativo, propio de un pueblo que, como el gallego, sopesa su valer mediante un examen que se denomina «tras-cordo», palabra de sabor local galaico, la cual, como es sabido, significa el término de tiempo de que ha menester el hijo de Galicia para reflexionar y resolver acerca del pro y el contra de los problemas de la vida, cuya adecuada solución busca.

Llega, pues, a Montevideo. Y el puerto le atrae. En vez de lanzarle como un proyectil a las calles de la ciudad, el puerto le atrae.

Yo no sé por qué esa preferencia del inmigrante español de otros tiempos por el puerto, con sus antiguos muelles de madera y sus barcos de distintas matrículas.

Pero me la imagino.

Pienso que, siendo el puerto la entrada marítima a la ciudad y la salida hacia las rutas abiertas del océano, no es temerario conjeturar que el inmigrante gallego encaminara sus pasos hacia los muelles, con el secreto y vehemente propósito de atar sus pensamientos al barco que partía para las tierras amadas, o con

la esperanza de que el barco que llegaba y desprendía sus cadenas entre el Cerro y los muellecitos le traería el mensaje de una carta con la fragancia, con el «arume» de los pinos lejanos.

A Ventura Carballeira le atrae, por consiguiente, el puerto. Cree, además, que el arranque del camino ascendente de su vida está allí. Y se hace mozo de confianza de los depósitos de la aduana de Montevideo.

No se apresura, ni se embrolla, ni atropella en su firme decisión de abrirse camino en esta etapa de su vida; que si bien su voluntad enérgica le indica que la línea más corta es la recta, no por ello la habrá de seguir ciegamente, sin examen, es decir, sin «tras-cordo»; pues si en el curso de esa línea llega a levantarse obstáculo insuperable para el logro de sus sanas aspiraciones, se apartará de ella y decidirá encaminarse, para el mismo honesto fin, y sin claudicaciones morales, por otra distinta senda, en la que probablemente las zarzas habrán de hacer brotar el dolor en su alma y la sangre en sus pies.

Pero tampoco esta dificultad habrá de ocasionarle desasosiego, porque, como buen español, cuyos ojos se familiarizaron, de niño, con la imagen de Cristo en cruz, ya no se interpondrán espantos entre él y la voluntad apasionada de su vida.

Ventura Carballeira dejó en los depósitos de aduana el ejemplo y el recuerdo de su probidad, y tomó otra senda: la del comercio.

Ingresó en un almacén al por mayor de la calle Cerrito.

No esperéis detalles de este capítulo de su vida. Trabajó mucho, aprendió a conocer el valor y la calidad de la mercadería y la demanda de plaza. Y, ya con ahorros y con crédito, extendido gracias a su honradez, abrió en los lindes del barrio del Cordón un almacén con su correspondiente despacho de bebidas; pero no con los adornos que ostentan los negocios del ramo que se ven ahora, de vidrieras rutilantes y de mármoles veteados, sino con el aire peculiar de aquellos modestos almacenes de la época, en que, sobre el mostrador de chapas lisas de cinc, el buen vino alternaba con la buena amistad.

Más de una década de trabajo empeñoso y honrado, más de diez años de buena fe

y rectitud, dieron en acumular un patrimonio material no tan grande como sólido y de origen muy distinto a ciertas vertiginosas fortunas, que se amasan con la técnica de los días que corren.

Ya a esta altura de su vida, sobre base propia, Ventura Carballeira empezó a sentir la sensación de la soledad.

Recién entonces, empezó a sentir la sensación de la soledad.

Desde el fondo de su corazón, tímido y tierno, una voz acariciante, que tenía acentos de la antigua raza, le habló del amor y del sentido superior que el amor imprime al destino de la existencia humana.

Y desde entonces, después de echar las tranças a las puertas de su negocio, cuando se disponía a descansar hasta que vinieran las primeras claridades del día, creedme que la almohada sobre la cual reposara la cabeza de aquel hombre soltero y solitario no dejó de ofrecerle ensueños dorados a su sueño tranquilo.

Y fué una gallega pequeña y dulce, de ondulosa cabellera de color castaño, rayada de oros viejos; de tez blanquísima, de dientes perfectos y perlados, y de ojos muy grandes, abiertos y celestes, quien mudó en realidad los ensueños de aquel inmigrante aparentemente rudo e invariablemente batallador.

Mucho tiempo no corrió sin que se encendiera, bajo el techo de vigas de hierro del viejo edificio del Cordón, la lámpara del hogar legítimo, cuya lumbre, sostenida por la expresión particular de la solidaridad amorosa, no languidecería nunca más.

Porque, naturalmente, vinieron los hijos, dos varones y una mujer, a la cual se le dió el nombre de Consuelo, como así se llamaba su madre.

Y los hijos crecieron al calor de las ternuras de doña Consuelo y bajo la sombra protectora de don Ventura. Crecieron, se hicieron mozos, y ellos, a la vez, constituyeron más tarde el hogar, cuando el mayor recibió su título de médico, y el de abogado, el segundo, y cuando la pequeña Consuelo, ya mujer, unió su destino al de un arquitecto que ha embellecido con sus creaciones algunos barrios residenciales de Montevideo.

Nunca intentó torcer las inclinaciones vocacionales de sus hijos Ventura Carballeira. Cuando el mayor le anunció:

—Papá, quiero ser médico.

Don Ventura, poniéndole la mano sobre el hombro, contestóle con franco acento de amistad:

—Muy bien pensado. Hazte médico. Pero no olvides, hijo mío, que la carrera de tu elección es un apostolado en cuyo ejercicio debes desprenderte de todo lo que suponga molición e interés personal, para darte por entero al alivio del sufrimiento de tus semejantes. De otra manera, serás un profesional acaso con triunfos, pero nunca un médico con gloria.

—Papá, quiero ser abogado para defender el derecho que se pretende desconocer.

Don Ventura, dándole una palmada en la mejilla, contestóle:

—Muy bien pensado. Pero que no se te caiga de la memoria esto: que la carrera de tu elección esconde traidoras encrucijadas. Debes desdeñar siempre la malicia, y si defiendes pleitos, cuida de que sean justos, y empuñate en patrocinar con igual dedicación y buena fe tanto al pobre que nada pueda ofrecerte como al rico que mucho te ofrezca. Si te asiste la razón, nunca te arredres frente al poderoso que no la tenga. Y frente al humilde, condúctete con humildad. De esta manera, quizá no alcances a ser tan brillante y hábil abogado como hombre de bien, digno de llevar el apellido que con alegría yo te he dado.

Estos consejos, desnudos de complicaciones conceptuales, rezumaban gotas de la añeja progenie galaica. Encerraban el compendio, la representación clara y llana de los grandes valores morales, que fueron siempre gala y prestigio de una raza cuyos hombres tuvieron la virtud de tratar a los reyes de igual a igual.

Con el rodar de los años, ni los signos de fatiga física que fueron acentuándose en el semblante de don Ventura, ni las hebras de platas que se multiplicaban en las sien-

nes de doña Consuelo, lograron disminuir el contento espiritual de aquel hogar, frecuentado por los hijos y animado por las ráfagas bullangueras de los nietos.

En 1914 o en 1915—no recuerdo exactamente el año—, en la vieja casa del barrio del Cordón se festejó un feliz aniversario. En torno a la mesa grande

no se echaba de menos ninguna presencia, ni por causa accidental, ni definitiva. A los postres, don Ventura dijo sonriente:

—Vuestra madre va a recitaros, en gallego, unos versos que ella se sabe de memoria.

No ignoraba don Ventura, por cierto, que por las «corredoiras» de la aldea en que se deslizara la primera juventud de doña Consuelo, las niñas acostumbraban a recitar de memoria bellos versos de Rosalía de Castro. Al influjo de esos versos, se encendieron, sin duda, muchos ensueños románticos. Y no es improbable que doña Consuelo, cuando partió de sus tierras, haya repetido con amarga nostalgia el cantar que nunca más olvidó y que, en ocasiones, aquí, en Montevideo, lo decía casi para sí, muy quedamente, cuando los pequeñuelos dormían con placidez y cuando el esposo descansaba al compás del resuello peculiar de quien, sano y fuerte aún, ha trabajado ese día de sol a sol.

—Vamos, Consuelo, que te queremos oír—insistió don Ventura.

Y doña Consuelo ya no pudo excusarse.

Se hizo el silencio en torno a la mesa familiar. Los grandes ojos celestes se fijaron, por un instante, en los ojos, llenos de ansiedad, de quienes nutrían aquel gran amor de esposa, madre y abuela. Y luego, enderezando el busto, en un arranque lírico y nostálgico, doña Consuelo empezó:

«Adiós, ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequenos;
adiós, vista dos meus ollos;
non sei cándos nos veremos.

Miña terra, miña terra,
terra donde m'eu críei,
hortiña que quero tanto,
figueiriñas que prantéi.

Prados, ríos, arboredas,
pinares que move ó vento,
paxariños piadores,
casiña do meu contento.

Muhiños d'os castañares,
noites craras de luar,
campaniñas timbradoras
da igrexiña dó lugar.

Amoriñas d'ás silveiras,
qu'en lle dab'o meu amor;
camiñiños ant'ó millo,
adiós, para sempre adiós.»

Se empañaron los ojos celestes y se quebró en la garganta la voz.

Al punto, don Ventura, moderando con el freno de su antiguo pudor el movimiento emocional, incorporóse y dijo:

—Pues aquí hacen falta más botellas.

Y se alejó.

Yo no sé si en los peldaños de la escalera por la que se descendía al sótano, donde don Ventura conservaba, cubiertas de polvo, las botellas del buen vino añejo; yo no sé si fué reprimido a duras penas uno de esos lagrimones que los hombres vierten a solas

en contados momentos de su vida. Pero sé que la emoción que se elevó aquel día en el aire del noble hogar gallego contribuyó a consolidar los lazos de sangre y de amor que, atándose de padres españoles a hijos uruguayos, mantienen invariable el módulo de la raza indómita, misional y civilizadora, a la cual pertenecemos.

